

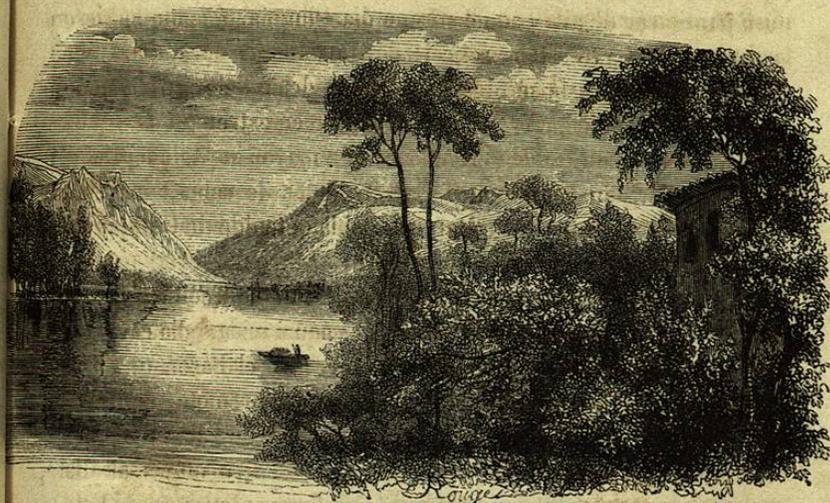
de su madre, protestándole que estaban íntimamente persuadidos de la verdad de sus reflexiones, y que creían firmemente que no podían ser felices sin su ternura y la práctica de la virtud. César suplicó despues á su madre que le concediese un favor : le pidió permiso para sacar de pila con una de sus hermanas al niño que pariese la mujer. Aun eres muy niño, le respondió su madre, para ser padrino... — Pero, mamá, yo he visto diez niños mas jóvenes que yo... — Bien lo sé, pero no puedo aprobar semejante abuso; porque en fin, ser padrino de una criatura es en algun modo adoptarla, y esta clase de adopcion es tanto mas respetable cuanto la religion es quien la consagra. — Dígame Vd., pues, mamá, cuáles son las obligaciones de los padrinos, y yo le prometo cumplirlas exactamente. — El padrino se obliga á proteger la criatura á la cual se pone uno de sus nombres : se obliga á encargarse de su colocacion, á sacarla de la miseria si se hallase en ella; y finalmente á darle cuantos socorros haya menester. — ¡Ah! mamá, ahora tengo muchas mas ganas de ser padrino, puesto que me obligará á hacer buenas acciones... — Pues bien, lo serás... — ¿Y quién de nosotras será la madrina? preguntaron á un tiempo Carolina y Pulqueria. Este honor, replicó su madre, se debe á la mayor; pero yo te prometo, Pulqueria, que tambien serás madrina el verano próximo. Con esta promesa todos quedaron contentos, y para que nada faltase á la satisfaccion que se habia logrado en aquel agradable dia, la Baronesa contó aquella misma noche la historia siguiente.

OLIMPIA Y TEOFILO



un se ve hoy dia cerca de las riberas del Vésera, á lo último del Lemosin, una antigua casa de campo tan solamente notable por su antigüedad y por la belleza de su situacion, rodeada de prados cubiertos de ganados; está edificada sobre la loma de una colina, desde la cual se descubre el rio y la bonita ciudad de Uzerche en perspectiva, formando

á esta distancia una vista tan singular como grata¹. En esta soledad fué donde el Baron de Soligni, viudo ya de algunos años, se ocupaba en la educacion de un hijo único y querido.



Habia pasado el Baron su juventud en el mundo : naturalmente ambicioso, la necesidad, mucho mas que su inclinacion, le habia apartado de él, porque habiendo disipado la mayor parte de sus bienes y perdido las brillantes esperanzas que tanto tiempo le habian alucinado, se habia resuelto en fin á retirarse á su casa. No obstante, echaba ménos, como á pesar suyo, el gran mundo, aunque no hablaba de él sino para censurarlo : reputaba su despecho por filosofia; se creia desengañado, pero solo estaba abatido y desanimado. Mas con todo, tenia sensibilidad, amaba á su hijo, y Teófilo (que este era su nombre) hubiera sido digno por las virtudes que prometia de servir de todo á su padre, y de hacer su vida feliz. El Baron tenia por amiga íntima á una de sus vecinas llamada Eufrasia. Teófilo, que veia casi todos los dias á la jóven Olimpia, sobrina de Eufrasia, le tomó una inclinacion que su padre vió nacer

¹ La pequeña ciudad de Uzerche está edificada sobre un peñasco escarpado, al pié del cual pasa el Vésera; se nota en esta ciudad que ningun vecino deja de tener vistas al rio en su casa ó jardin, y que cada casa mirada de lejos parece ser una fortaleza antigua con sus almenas y torreones cubiertos de pizarras. Dista esta ciudad ciento y nueve leguas de Paris.

con gusto. Era Olimpia huérfana y sin bienes, pero Eufrasia no tenía heredero forzoso, y el Baron no ignoraba que estaba determinada á dejar toda su hacienda á su sobrina. Olimpia tenía dos años ménos que Teófilo : luego que hubo cumplido diez y seis, el Baron declaró á Eufrasia sus ideas, y aquel mismo dia Olimpia y Teófilo supieron que su casamiento estaba concertado. De allí á quince dias se firmó el contrato. Eufrasia se obligó gustosa á dejar todos sus bienes á una sobrina que habia criado, y que amaba en extremo.

Lleno de gozo esperaba Teófilo con la mayor impaciencia el dia señalado para su casamiento. Era amado, y lo sabia, porque en presencia de su padre y de Eufrasia habia obtenido de Olimpia esta declaracion tan precisa para su ventura.

Llegó finalmente la víspera del dia feliz en que Teófilo y la amable Olimpia debian unirse para siempre; aquel mismo dia cayó mala Eufrasia, y al quinto de su enfermedad recibió el Baron una carta de Paris, en que le decian que un pariente muy remoto, aunque de su mismo nombre, acababa de morir, despues de haber hecho un testamento, por el cual le nombraba su heredero universal. Este suceso, que hacia al Baron dueño de una fortuna cuantiosa, le obligaba á marchar sin dilacion á Paris. Era imposible hacer el casamiento de Olimpia y de Teófilo ántes de su marcha, porque Eufrasia estaba delirando desde dos dias ántes, y así no podia firmar los artículos. Precisado Teófilo á acompañar á su padre manifestó un dolor tan grande y verdadero, que el Baron para consolarle suplicó á la triste Olimpia que le escribiese. Un padre, añadió, se lo suplica á Vd. y se lo pide por su esposo. Olimpia llorando prometió darles noticias de su tia, y por su parte el Baron se obligó á no detenerse en Paris mas que seis semanas, y marchó aquel mismo dia con Teófilo.

Llegado á Paris tomó el Baron posesion de una magnífica casa y de una rica herencia. Presto se llenó aquella de una turba de *amigos íntimos* que en doce años no se habian acordado de él. Los primeros dias se decia el Baron : *mis riquezas y una buena mesa son los motivos que hacen venir esta tropa de viles desertores*; pero en breve tiempo el amor propio supo persuadirle, que solo á su mérito debia las pruebas de cariño y atencion que le tributaban. Teófilo metido de improviso en un mundo tan nuevo para él, no disfrutaba de ninguno de los placeres que á porfía se le ofrecian. Pensando

solo en Olimpia esperaba con viva impaciencia el efecto de sus promesas : le habia prometido escribirle, y no obstante no llegaba aquella carta tan deseada. Recibió finalmente el Baron noticias del Lemosin : le decian que Eufrasia habia muerto sin volver en su acuerdo y sin haber hecho testamento, por lo cual la infeliz Olimpia se hallaba reducida á una corta pension apenas suficiente para su subsistencia, y que se habia retirado á Tulle¹ en un convento. Luego que Teófilo supo esta noticia suplicó encarecidamente á su padre concluyese lo mas breve que le fuese posible sus negocios para volver al Limosin, añadiendo que las desgracias de Olimpia hacian que la amase mucho mas. El Baron manifestó aprobar su pensamiento, y le prometió apresurar la partida. Al punto escribió Teófilo á Olimpia una carta llena de amor y de respeto, y la acababa prometiéndole que ántes de un mes estaria otra vez á sus piés. No habia extrañado Teófilo que Olimpia en los primeros instantes de su dolor no le hubiese escrito; pero quince dias despues de este acontecimiento, no teniendo noticia de Olimpia, se entregó á las mas crueles inquietudes. El Baron le consolaba un poco, asegurándole que iba á finalizar todos sus asuntos. Un dia que Teófilo, mas afligido que nunca, estaba solo encerrado en su cuarto, entró el Baron, y sentándose junto á él con rostro grave : Acabo de recibir, le dijo, noticias de Olimpia. Al oír estas palabras Teófilo, enajenado de gozo quiere tomar una carta que su padre tenia en la mano. Espera un poco, dijo el Baron, modera esa impaciencia; las noticias que te he de dar no son nada gustosas... — ¡Oh cielos! ¿está mala Olimpia? — No, goza de cabal salud; pero ya no es digna de tu amor... — ¡Ella! ¡Olimpia! No, no : es imposible... — Oye lo que me escribe un hombre respetable, y cuya probidad te es notoria. Diciendo esto el Baron enseña á su hijo la letra y firma de un caballero del Lemosin, cuyo testimonio en efecto no le podia ser sospechoso. Despues leyó el Baron el artículo de la carta concerniente á Olimpia, que decia así :

« Puesto que me pregunta Vd. la verdad con tanta confianza, debo decírsela sin disfraz alguno. Confieso que la señorita por quien Vd. me pregunta se porta con una imprudencia muy dañosa á su

¹ Ciudad considerable del bajo Lemosin, situada en parte sobre una montaña en el confluente de los rios Salant y Corezo en un país lleno de montañas y precipicios : dista ciento y catorce leguas de Paris.

reputacion. Cuando murió su tia tomó la prudente determinacion de retirarse á un convento; pero ha salido de él al cabo de quince dias para ir á vivir en casa de una de sus amigas con quien se trataba en Uzerche, la cual casada dos años hace, vive en una posesion que tiene en las inmediaciones de Tulle. La tal no tiene veinte años, y por desgracia ha sido el objeto de varias historias escandalosas, por lo que no tiene muy buena fama: tiene ademas un hermano, muchacho presuntuoso, cuya compañía no puede convenir á una señorita que ama su reputacion. Pero todo esto no debe tenerse por delito grave: nadie duda que la sobrina de la virtuosa Eufrasia tenga buenos principios y sólidas virtudes. Su inconsiderado proceder se atribuye á su inocencia misma, á la falta de experiencia, y al culpable abandono de su tutor que la deja dueña absoluta de todas sus acciones; pero si Vd. escribe acerca de esto, estoy cierto que al punto cederá á las justas representaciones que puede hacerle por razon del mutuo enlace que está para concluirse, y todo estará remediado si la señorita vuelve prontamente á su convento, porque puedo asegurarle á Vd. que hasta ahora no se ha visto en su conducta mas que un poco de ligereza y una imprudencia muy digna de excusa en su edad.»

Esta carta destrozó el corazon de Teófilo: sobresaltado, turbado por los zelos veia un rival peligroso en el hermano de la amiga de Olimpia. No obstante, disimuló la inquietud que le devoraba, y afectó manifestar la mayor confianza. Aun no es todo lo que has visto, le dijo su padre; la carta que acabas de leer es de un hombre circunspecto, y que no dice todo lo que sabe. Aquí hay otra de mi mayordomo que se explica sin rodeos, y que me avisa que tienes un rival; que Olimpia no puede ignorar una pasion conocida de todos, que la autoriza permaneciendo en casa de su amiga; y en fin, que el hermano de esta se ha alabado públicamente de que Olimpia le habia sacrificado todas tus cartas. Es un impostor, exclamó Teófilo: jamas creeré que Olimpia sea capaz de semejante perfidia... Es inconstante, replicó con serenidad el Baron, pero no es pérfida; no quiere engañarte: no ha respondido ni á tus cartas ni á las mias, este silencio explica bastantemente su mudanza... No, interrumpió Teófilo, no me engañarán falsas apariencias... Olimpia está inocente... la calumnian; yo debo vengarla: déjeme Vd. marchar, padre mio, yo me muero aquí, permítame que vaya

á explicarme con ella; quiero oirla, quiero castigar al atrevido... al monstruo que se atreve á manchar su reputacion.

En tanto que así hablaba, el infeliz Teófilo derramaba un mar de lágrimas: el exceso de su dolor hacia patente el furor de sus zelos. Su padre, que leia fácilmente todo lo que pasaba en su alma, manifestó tenerle lástima y enternecerse. Enviemos, le dijo, un propio á Tulle, llevará tu carta y esperará la respuesta. Si esta respuesta no te satisface, entónces te permitiré que vayas; solo esto te pido. Teófilo vino en ello, aunque de mala gana. Al punto escribió la carta mas circunstanciada; en ella instruía á Olimpia de todo cuanto se decia en contra suya. Una palabra sola, le decia, puede justificarla á Vd.: quédese si gusta en casa de su amiga, pero dignese decirme que está pronta á cumplir la sagrada promesa que nos liga, y seré el mas feliz de los hombres.

Aprobó el Baron esta carta, y al punto la hizo marchar. En fin, aquel correo, cuya vuelta esperaba Teófilo con tanta impaciencia, aquel correo depositario de su destino volvió al cabo de ocho dias. Iba á acostarse Teófilo cuando oye un látigo de posta: se estremece, y vuela al cuarto de su padre. De allí á un instante entra el propio en el cuarto. ¿Y bien, le dice Teófilo, traes respuesta? — Sí, señor. — Dámela pues. — Señor, no es para Vd... — ¿Pues cómo? — Es para el señor Baron. Entónces entrega el correo al Baron una caja y una carta, y se va. ¿Qué significa esto? dijo el Baron como admirado... ¿qué contendrá esta caja? No respondia Teófilo, inmóvil y trémulo no se atrevia á decir á su padre que abriese la carta. Rompe el Baron el sobrescrito, ábrela, y lee en voz baja. Teófilo, fijos los ojos en el rostro de su padre, se estremece al ver el espanto é indignacion que manifestaba. ¡Oh cielos! exclama con voz interrumpida, ¿qué le dice á Vd.? — ¡Ay, hijo mio, ármate de valor! ¡Mas qué digo! No le necesitarás; ¿acaso podrias llorar un objeto tan despreciable?... Á estas palabras Teófilo casi mortal se deja caer en una silla, y tomando la esquila fatal que su padre le presenta, se le arrasan los ojos en lágrimas al conocer la letra y firma de Olimpia. ¿Pero quién podrá expresar lo que sintió al leer lo siguiente?

« Puesto que ahora se me deja la libertad de disponer de mí misma, debo declarar á Vd. sin rodeos, que sola la obediencia me

obligaba á formar un lazo que no hubiera podido hacerme feliz. Esta declaracion nos deja libres á entrambos. Devuelvo á Vd. los regalos que mi querida y respetable tia me mandó aceptar...
«Quedo de Vd. con el mayor respeto y veneracion, etc.

« OLIMPIA. »



Leida esta carta Teófilo estuvo callando un gran rato, y despues mirando á su padre, como fuera de juicio : Yo me vengaré, exclamó, sí, yo me vengaré... — ¿De qué modo? — ¿De qué modo? ¡Justo cielo! ¡Tengo un rival, morirá á mis manos!... — Sin duda tienes un rival amado, ¿pero qué te importa? ¿No debes despreciar y olvidar para siempre una mujer indigna de ti? — Sí, yo la desprecio, la aborrezco, la olvidaré sin trabajo; seria en efecto el hombre mas vil si le conservase el menor cariño... ¡Ah traidora, bajo de un rostro tan divino, con aquel aire de inocencia y de candor ocultar un alma tan falsa!... — Vuelvo á decirte que no te engaña; no te ama y lo dice sin disfraz. . — Pero me amaba, me lo ha dicho... Padre mio, yo estoy cierto de que me amaba... la han seducido, la han engañado, quizas ella misma se engaña en lo que escribe : ¡ Ah, si yo pudiese verla y hablarle!... ¡Déjeme Vd. ir á que la vea y la oiga!... — Toma, insensato, esa carta, vuévela á leer, y avergüenzate de una pasion que en adelante no puede sino

envilecerte. — ¡ Oh padre mio! yo estoy loco, no sé dónde estoy, téngame Vd. lástima, guíeme y no me abandone.

Toda la noche la pasaron juntos el Baron y el desventurado Teófilo. Este no se acostó sino al amanecer, pero no halló en la cama el sueño ni el descanso, y todo aquel dia y noche se mantuvo solo en su cuarto, á causa de tener el Baron gentes á cenar. Al dia siguiente se vió á solas con su padre, y prometiéndole olvidar á Olimpia no hablaba sino de ella. Unas veces la pintaba con los coloridos de un monstruo digno de todo su odio, otras procuraba disculparla, y queria conservarle á lo ménos un resto de estimacion.

Pero en efecto, mamá, interrumpió Carolina, yo no hallo que Olimpia sea despreciable : si es cierto que nunca habia querido á Teófilo no se la podia tachar de inconstancia; ademas Olimpia habia quedado pobre, Teófilo se hallaba rico, y con todo Olimpia no queria casarse porque no creia poderle hacer feliz; este proceder me parece noble. — Suponiendo que Olimpia no hubiese nunca querido á Teófilo (cosa que no me parece que está muy probada), ¿no le habia ya dicho que le amaba? ¿no habia recibido su palabra y prometido unirse á él?... — Es cierto; pero dice que su tia la habia obligado á ello. — Puesto que se habia podido determinar á casarse con Teófilo por obediencia, hubiera debido despues de muerta su tia persistir en esta resolucion por respeto á su palabra. En fin, si Teófilo la habia inspirado una aversion insuperable, ¿por qué no se lo decia á su tia? ¿ó por qué no le pidió tiempo, ó bien declarándole que no podia consentir en aquella union? No estaba bajo de la autoridad sagrada de una madre, circunstancia que hubiera hecho mas excusable su resistencia. — Es verdad, ahora comienzo á comprender que habia hecho mal... — Tened presente sobre todo que no hay cosa que pueda dispensarnos nunca de cumplir la palabra que hemos dado. Esta frase *mi promesa no ha sido voluntaria*, es una excusa que la conciencia desmiente, y de que nunca se ha valido la probidad. Sabeis que vuestra palabra debe ser inviolable, que no podeis faltar á ella sin deshonoraros; preferid, pues, si es preciso, la muerte á la infamia de quebrantarla. En una palabra, si el temor ó amenazas os arrancan una promesa, no hagáis mayor esta cobardía añadiéndole la indeleble mancha del perjurio; pero volvamos á Teófilo.

No omitia su padre medio alguno para distraerle de su pena. Le

llevaba á menudo á casa de la Condesa de Lisbé, en donde se juntaba una lucida concurrencia. Tenia la Condesa una hija de edad de diez y siete años, cuya hermosura y gracias alababa el Baron continuamente. Sin embargo, la Condesita de Lisbé no era bonita; pero el sumo cuidado que ponía en adornarse, manifestaba el vivo deseo que tenia de parecerlo. Hablaba mucho, reía á menudo, bailaba bien, se sabía ademas que tenia maestros de todas clases; todo esto era mas que suficiente para que los amigos de la casa dijiesen que la Condesita *era bonita, amable, y un conjunto de atractivos y habilidades*. Pero Teófilo estaba lejos de pensar así; parecia afectada, llena de presuncion y muy coqueta; estaba sumamente cansado de su risa violenta y de sus monadas, pareciéndole sobre todo inaguantable cuando se acordaba como á pesar suyo de la agradable conversacion y gracias naturales de Olimpia.

A fines del invierno entró Teófilo en el regimiento del hermano de la Condesita, y siguió á su coronel al regimiento. Al cabo de cinco meses volvió á Paris; su padre notó en él la misma melancolía; no obstante, advirtió con gusto que ya no hablaba de Olimpia. Habia ya cerca de un año que habian salido del Lemosin. Á los ocho dias despues de su vuelta del regimiento, el Baron se encerró á solas con él en su cuarto, y le dió parte de la intencion que tenia de casarle, añadiendo que deseaba lo efectuase con la Condesita de Lisbé. Respondióle Teófilo sin rodeos que tenia una repugnancia invencible al casamiento, y ademas particular aversion á la Condesita. El Baron le refirió con prolija ponderacion todas las ventajas del brillante enlace que le proponia. Teófilo le escuchó con indiferencia, y respondió que no conocia otra ambicion mas que la de distinguirse en el servicio. Enfadóse entónces el Baron, declarando que habia ya dado su palabra á la familia de la Condesita. Teófilo sorprendido y afligido pidió algun tiempo para determinarse á formar una union tan contraria á su inclinacion; no pudo obtener mas que ocho dias. Gran parte de aquella noche pasó reflexionando sobre su suerte. Se acordó de todos los elogios que el Baron daba tanto tiempo hacia á la Condesita: su estrecha amistad con la familia de esta jóven, amistad anterior con mucho al tiempo en que el Baron recibió la carta de Olimpia: trajo á la memoria otras muchas circunstancias que le persuadieron que la conducta del Baron habia sido artificiosa, y que habia formado el proyecto de casarle con la

Condesita, en el mismo tiempo en que al parecer queria efectuarlo con Olimpia. Mil confusas sospechas se presentaron de golpe á su imaginacion: discurrió que no era imposible que hubiesen extraviado sus cartas, y quizas las de Olimpia, y que en fin le hubiesen malquistado con ella por medio de alguna impostura igual á la que imaginaba que habian empleado contra ella.

No se entregó sin escrúpulo á estas ideas tan ofensivas á su padre; pero cada nueva reflexion les daba mayor fuerza; y no pudiendo tolerar semejante incertidumbre, tomó el partido de marchar secretamente la noche siguiente á Lemosin, y tener una conferencia con Olimpia misma. Ignoraba absolutamente su paradero: seis meses habia que ni aun su nombre se habia atrevido á pronunciar: se horrorizaba al pensar que quizas la hallaria ya casada; pero no fué suficiente este cruel temor para detenerle. Al dia siguiente supo ocultar á su padre su agitacion y sobresalto; confió parte de su secreto á uno de sus amigos, quien le dió uno de sus criados para que le acompañase, y á las dos de la mañana salió de su casa sin ser visto: montó á caballo y tomó la posta para el Lemosin.

Fué derecho á Tulle, adonde llegó á los tres dias al poner del sol. Tomó un cuarto en una posada, y temblando hizo varias preguntas á la huéspeda acerca de Olimpia; supo con inexplicable gozo que no estaba casada, pero lo demas que le refirió la huéspeda minoró gran parte de esta alegría. Dijole que nadie dudaba que Olimpia hubiese amado al hermano de su amiga; que habia estado ocho meses en casa de esta; y que en fin, no habiendo querido el jóven á quien habia sacrificado el casamiento mas ventajoso casarse con ella, desesperada se habia determinado á volver á su convento, pero que no habiéndola querido admitir las religiosas, se habia ido á Uzerche, y se habia refugiado en casa de su tutor, que vivia en una hacienda inmediata á la ciudad; que este último paso acababa de perderla en el concepto del público, porque su tutor no era casado; que se reputaba por hombre sin principios y de mala conducta, y que tenia en su casa á una mujer de mala vida con quien vivia Olimpia en estrecha amistad. Á pesar de estas crueles noticias persistió Teófilo en la resolucion de ver á Olimpia, y al punto marchó á Uzerche.

Hizo que le guiasen á la casa de campo del tutor de Olimpia. Dejó los caballos y el criado en un meson del lugar; se envolvió en

un capote, se puso un sombrero gacho, y se encaminó á la casa de campo con una turbacion que es imposible decir. Á la puerta de la casa le dijeron que el amo de ella estaba ausente habia ya mas de seis semanas, y que no habia en ella mas que madama Rocher (que era la mujer de quien habia hablado la huésped) y Olimpia. Esto era á las ocho de la noche; atravesó Teófilo un patio muy oscuro, y encontró á una criada que le guió al cuarto de Olimpia. Su turbacion era tal, que apenas podia tenerse en pié, y sin embargo del vivo deseo que tenia de ver á Olimpia, no le pesó no hallarla en su cuarto á fin de poder respirar un instante. La criada, á quien no quiso decir su nombre, salió para ir á avisar, y Teófilo quedó solo. No pudo mirar sin enternecerse los objetos que le rodeaban: el clave de Olimpia, su escribanía, su tocador, y sobre todo su canario encerrado en una jaula. Al instante conoció á aquel pajarito que él mismo habia dado á Olimpia la víspera del día en que se separaron. ¡Pues qué, pobre animalito, exclamó Teófilo, eras cosa mia, y no obstante Olimpia te ha podido guardar! Diciendo estas palabras Teófilo enternecido abrió como á pesar suyo la jaula, sacó el pajarito y se lo metió en el pecho. Aleteando el canario contra el corazon palpitante de Teófilo, pronunció claramente estas palabras: *amo á Teófilo*, las cuales penetraron el alma de este, de manera que enajenado y fuera de acuerdo no se atrevia á creer lo que habia oido, cuando el pájaro repitió otras dos veces seguidas *yo amo á Teófilo*.... ¡Ah, ya no me es posible dudarle, exclamó Teófilo! ¡Pues qué, Olimpia es quien ha dictado estas dulces palabras! ¡Cuántas veces habrá tenido que repetirlas para enseñárselas á esta avecita, y pensaba (ay de mí) que yo nunca las oiria!... ¡Olimpia, amada Olimpia, eres fiel á tu primer amor, eres inocente!... ¡Sin duda me crees culpado, y no obstante aun me amas! ¡Conservas este pajarito, y te dignas de escucharle! Diciendo estas palabras Teófilo besaba enajenado de gozo el canario, y este, á quien no se le habia enseñado mas que una sola frase, correspondia á las caricias de Teófilo, batiendo las alitas y repitiendo á cada instante *yo amo á Teófilo*.

De improviso oye Teófilo pasos y se estremece todo; no puede

¹ Aunque no es muy comun que hablen los canarios, con todo no es imposible, y esto basta para descargo de la autora: véase lo que dice en la palabra *canario* el primer tomo de la Enciclopedia traducida al castellano.

desconocer las ligeras pisadas de Olimpia, aun le parece que oye el ruido que al andar hacia su vestido... Se arroja á la puerta: esta se abre, entra Olimpia, y Teófilo se precipita á sus piés. El canario se escapa de entre las manos de Teófilo, y vuela sobre el hombro de su ama, pronunciando el nombre de Teófilo: prorrumpe Olimpia en un grito penetrante, y quiere huir; Teófilo la detiene. Olimpia



palida y temblando se deja caer sobre una silla; casi desmayada no tiene fuerza para proferir una sola palabra. Teófilo siempre á sus piés, no puede explicarse sino con lágrimas. Solo el pajarito conserva la facultad de hablar, y gozoso de volver á ver á su ama, repite mil veces su leccion... Turbada Olimpia, confusa é igualmente irritada rompe en fin el silencio, y con voz interrumpida le dice: Á nadie sino á mí debe Vd. creer: debo aborrecerle, despreciarle; he debido olvidarle... — ¡Olimpia, amada Olimpia, dignese Vd. de oirme!... Estoy libre, siempre soy fiel, nos han engañado á uno y á otro; esta preciosa avecita acaba de hacerme conocer mi error. Escuche Vd. tambien mi justificacion... — Pero ¿cómo podrá Vd. excusarse de no haber respondido á mis cartas?... — ¡Sus cartas de Vd.! Ni una sola he recibido, y la he enviado mas de veinte...

Estas palabras acabaron de disipar las dudas de Olimpia: tenia demasiada inocencia y candor para no ser fácil de persuadir. No pudo reprimir sus lágrimas, y levantando los ojos al cielo dijo:

¡ Ah Teófilo ! puesto que siempre es Vd. el mismo, no me quejaré ya mas de las traiciones y perfidias que he experimentado. Estas pocas palabras hicieron á Teófilo el hombre mas feliz del mundo. Despues de haberle manifestado su alegría y agradecimiento, refirió cuanto le habia sucedido. Olimpia le escuchó con igual admiracion y enternecimiento, y despues tomando la palabra le dijo, que destituida de guia y de consejos, no habia creído hacer una accion contraria á su reputacion cediendo á las instancias de su amiga, que la solicitaba á fin de que fuese á vivir con ella; que en su casa, siempre encerrada en su cuarto con su canario, no habia recibido mas visita que la de uno de sus parientes, el cual bajo el velo de la compasion y amistad ocultaba los mas viles designios; que habia puesto alguna confianza en este hombre, y le habia descubierto la pena que experimentaba en no recibir noticias de Teófilo; que en fin, aquel pérfido confidente le habia dicho que Teófilo no la amaba ya, y que estaba enamorado de la Condesita de Lisbé. Me enseñó, prosiguió Olimpia, varias cartas de su padre de Vd. que acabaron de hacerme ver, que solo el honor podria determinarle á cumplir la palabra que me habia dado. No dudé entónces en quebrar con Vd. para siempre, y demasiado vana para dejarle ver las penas de mi corazon, le escribí la carta que ha leído. Entregada á la pena, y creyendo aborrecer á Vd., este pajarito me era odioso : no podia escuchar sin enfado las mismas palabras que con tanto gusto le habia enseñado. Una tarde abrí la ventana y le eché á volar. Despues de haberle sacrificado de este modo, á pesar mio le echaba de ménos : esto me causaba vergüenza; pero persuadiéndome á mi misma que no le apreciaba mas que por él solamente, me levanté á média noche, abrí la ventana y le llamé mil veces : fué en vano, no volvió, y yo pasé lo restante de la noche llorándole. Apenas comenzaba á rayar el dia bajé al jardin : me siento, y prosigo con mi llanto; de improviso oigo una vocecita quejosa que pronunciaba muy quedo *Teófilo...* ¡ Imagínes Vd. cuál fué mi gozo ! Este ha sido, Teófilo, el único movimiento de alegría que he tenido en su ausencia de Vd.... Hallé á mi pobre pajarito sobre un rosal : habia padecido; estaba espantado, temblando, y cubierto el rosal de las plumas que habia perdido. Cogile y le cuidé, determinada á guardarle hasta que supiese de cierto su casamiento de Vd. Estaba muy resuelta á no volver á ver á Vd.; pero al mismo tiempo que renun-

ciaba nuestra union, no podia persuadirme que Teófilo fuese capaz de formar otra. Me decia á mi misma : tendrá remordimientos que no le permitirán casarse con la que ha preferido á mí : nunca le perdonaré, seré inflexible; pero puedo guardar mi canario, él nunca lo sabrá; oculto mi canario á la vista de todos, yo sola le oiré hablar... Tales fueron las razones que me obligaron á quedarme con mi querido pajarito.

Seis meses estuve en casa de mi amiga. En este tiempo el indigente que yo habia elegido, me propuso si queria casarme con él; esta oferta me le hizo con razon sospechoso. Le dije que no volviese á verme : para vengarse me hizo saber que mi reputacion estaba mal parada; que la persona en cuya casa vivia habia perdido la suya, y que se me imputaba que amaba á su hermano. Estos avisos tardíos me parecieron calumnias. Con todo, examiné cuidadosamente la conducta de mi amiga, y á poco tiempo conocí ser cierto cuanto me habian dicho. Resolví volver á Tulle al convento de donde me habia salido con tanta imprudencia. Las monjas mal informadas rehusaron admitirme. Humillada, vendida, abandonada y apoyada solamente en mi inocencia vine á este lugar á pedir á mi tutor me aconsejase. No era mi intento pedirle que me diese un asilo, pues no era decente que yo estuviese en casa de un hombre soltero, pero fui mas feliz de lo que esperaba. Al llegar aquí hallé á mi tutor pronto á emprender un viaje de dos meses; me presentó á una señora parienta suya que ha padecido grandes desgracias, y que vive en esta casa por algun tiempo. Madama Rocher (que este es su nombre) me parece tan amable como virtuosa; me ha referido su historia, que seria asunto de una excelente novela; en fin, cuento permanecer aquí todo el tiempo que ella se esté.

Dejó de hablar Olimpia, y Teófilo tan enternecido como conmovido estuvo algun tiempo sin responder, y despues arrojando un suspiro, le dijo : ¡ Ah ! no debemos atribuir nuestras desgracias á otra cosa mas que á esa inocencia, á ese candor que la caracterizan á Vd.... Esas virtudes angélicas han dado armas á la calumnia para denigrarla; ellas son la venda fatal que la ciega á Vd... ¿ Cree Vd. que está en un asilo decente y seguro?... — ¿ Pues qué?... — Esa mujer que estima Vd. tanto, es una infame ramera... — ¡ Justo Dios!... — Lo que de ella he sabido en Tulle me ha sido confirmado de nuevo en este lugar...